



CHOZAS DE LOS NEGROS EN LA SENEGAMBIA

(Véase el número anterior.)

LECCIONES HISTORICAS PARA USO DE LA JUVENTUD.

Hace tiempo que empecé á escribir esta obra, cuyo objeto es presentar un bosquejo histórico-filosófico de las épocas mas notables, para facilitar á los jóvenes el vasto y complicado estudio de la historia general, dándoles á conocer los principales sucesos acaecidos en el globo, como tambien los progresos de la civilizacion antigua y moderna.

Una penosa enfermedad vino á interrumpir mis tareas; pero restableciéndose de dia en dia mi salud, pienso en continuar la obra, si mereciere la aprobacion del público esta primera leccion que le ofrezco por via de ensayo, y que remito á V. para que tenga la bondad de insertarla en su apreciable periódico. B. L. M. de V. su atento servidor.—Eugenio de Tapia.—Señor director del SEMANARIO PINTORESCO.

ÉPOCA PRIMERA.

Testimonios históricos y geológicos del diluvio; alteracion que este causó en la constitucion fisica de la tierra, y formacion de las primeras sociedades después de aquel espantoso cataclismo.

La verdad del universal diluvio en que perecieron todos los seres, excepto los salvados en el arca de Noé, segun el testimonio infalible de Moisés, fué tambien conocida por los gentiles, que la desfiguraron mezclando con ella fábulas absurdas.

Véase cómo habla de aquel terrible acontecimiento Beroso, historiador antiquísimo de los caldeos: «Después de la muerte de Ardates (uno de los mas antiguos reyes de Babilonia) reinó su hijo Xisutro, en cuyo tiempo acaeció un gran diluvio que se halla descrito de este modo. La deidad Creno se le apareció en una vision, asegurándole que en el dia 13 del mes Daelio habria una inundacion, con la cual seria destruido el género humano. Mandóle pues que escribiese una historia del principio, progreso y acabamiento de todas las cosas, y la

enterrase en Sipara (la ciudad del sol); que construyese un buque, metiéndose en él con sus amigos y parientes, llevando á bordo todo lo necesario para sustentarse, y con todos los diversos animales, asi volátiles como cuadrúpedos, entregándose sin miedo á las aguas. Y habiendo preguntado á la divinidad adónde dirigiria el rumbo, le respondió que hacia los dioses; despues de lo cual hizo una plegaria al cielo por el bien del linaje humano. Ejecutó luego lo que le habia sido mandado, construyendo un bajel que tenia cinco estadios de largo y dos de ancho. En él metió cuanto habia preparado, y en seguida se embarcó con su muger, sus hijos y amigos. La inundacion cubrió algun tiempo la tierra, y cuando ya fué cesando, Xisutro soltó algunas aves del buque, pero no encontrando estas alimento ni paraje donde reposar, volvieron al bajel. Pasados algunos dias las envió segunda vez, y entonces volvieron con las patas cubiertas de cieno. Hizo el tercer experimento con las mismas aves, y ya no volvieron, de lo cual infirió que la superficie del globo estaba ya seca y habitable (1).

Tambien es notable el fragmento siguiente de Nicolás Damasceno: «Hay en la tierra de Armenia una montaña muy grande llamada Baris, á la cual, segun dicen, se retiraron varias personas en tiempo del diluvio, especialmente una de ellas que arribó allí en un arca, y desembarcó en su cumbre, habiéndose conservado largo tiempo los restos de aquella embarcacion. Acaso era este el mismo individuo de quien hace mencion Moisés, legislador de los judios.» (2)

Los escritores griegos y romanos hablaron de dos diluvios, á saber: uno el de Ogyges, y otro el de Deucalion. Varron suponía acaecido el primero cuatrocientos años antes de Ynaco, esto es, mil y seiscientos años antes de la primera olimpiada, ó dos mil trescientos setenta y seis años antes de Jesucristo, y comparada esta data con la del testo hebreo, no resulta mas que una diferencia de veintisiete años.

A los referidos testimonios históricos se agregan las pruebas geológicas que guarda la tierra en su seno para memoria de aquella ca-

(1) Mr. Preston Cory, *Ancien Fragments of The phœnician, chaldean, tyrian, and uthex writers*. London, 1852. En esta obra reunió el autor inglés los fragmentos de aquellos antiguos escritores que se encontraban dispersos en varias obras de la antigüedad; con lo cual ha hecho un señalado servicio á los que cultivan las letras.

(2) Nicolás Damasceno vivió en tiempo de Augusto. Este fragmento se ha conservado en las antigüedades judaicas de Josefo, libro I, capítulo III, y en la preparacion evangelica de Eusebio.

17 DE ABRIL DE 1855.

táctrofe espantosa. Son tan evidentes y copiosas estas reliquias, que el célebre naturalista Mr. Cuvier no vaciló en decir con toda seguridad: «Opino con los señores Deluc y Dolomieu, que si podemos tener absoluta certeza en algun punto de geología, es sin duda en el siguiente, á saber: que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una grande y repentina inundacion, cuya época no puede remontar mas que á cinco ó seis mil años; que esta revolucion sumergió é hizo desaparecer los países que habitaban antes los hombres y las especies de animales mas conocidos en el dia, dejando en seco el fondo del antiguo mar, por cuyo medio se han formado los terrenos que actualmente habitamos: que desde la época de esta revolucion el corto número de individuos que se salvó de ella, se esparció y propagó en los países que quedaron en seco, y por consiguiente que desde este tiempo precisamente es cuando han tenido origen y curso progresivo las sociedades humanas, y cuando han formado establecimientos, erigido monumentos, recojido hechos naturales, y combinado sistemas científicos.» (1)

El doctor Buckland, que escribió espresamente una obra para tratar de las reliquias del diluvio, dice lo siguiente: «En el trascurso de mis viajes geológicos apenas andaba una milla sin encontrar depósito de cascajo y marga ó arena, en tal disposicion, que no podia atribuirlo á la accion de torrentes, rios, lagos ú otras cualesquiera causas de las existentes. Y con respecto á otros fenómenos del diluvio todavia mas sorprendentes, varios viajeros geólogos pintan la mayor parte del hemisferio boreal desde Moscu al Misisipi cuajada de trozos de granito y otras rocas de enorme magnitud, lanzadas algunas (por la mayor parte en direccion de N. á S.) á distancia de muchos centenares de millas de su primitivo asiento, habiendo cruzado montañas, valles, lagos, y aun mares, por la fuerza de una corriente que debió de haber tenido una velocidad, á la cual nada puede compararse en el estado actual del globo (2).

«Los Alpes, dice el mismo autor en la obra citada, los montes Carpacios, y otras regiones montañosas, estan hoy atestiguando la uerza de aquella corriente que modificó las sierras y cordilleras, y en cuyos valles he encontrado siempre el casquijo diluvial, tan diverso del que posteriormente al diluvio arrastran las montañas, los rios ó los torrentes. A los comprobantes anteriores se agregaron los siguientes. Cerca de Santa Fé de Bogotá, en la América meridional, se encuentran entre el cascajo diluvial los huesos del mastodonte á la altura de 7,800 piés sobre el nivel del mar; y en las cordilleras á la de 7,200 piés, cerca del volcan de Imbaburra, en el reino de Quito. Mr. Humboldt encontró un colmillo de una especie no existente ya de elefante fósil en Huehuetoca, en la llanura de Méjico. En el monte Himalaya del Asia central se han encontrado á la altura de 16,000 piés sobre el nivel del mar, huesos de caballo y de ciervo, que se hallan hoy depositados en el Real Colegio de cirujanos de Londres. En la parte septentrional de la Siberia se ha descubierto un prodigioso número de huesos fósiles de elefante, que no presentan el menor indicio de haber sido trasportados allí de otra parte. Desde el Don ó Tanais al Tchutskoinoss, apenas hay un rio en cuyas orillas no se encuentren huesos fósiles de elefante, ó incrustados en la materia diluvial, ó mezclados ligeramente en ella con algunas producciones marinas. Pero el hecho mas extraordinario es, que de todos los parajes del mundo, los mas poblados de huesos de elefante son ciertas islas del mar glacial. Las de Liaikof se hallan formadas en gran parte de huesos de elefante, búfalos etc., mezclados con arena y plantas fósiles. Con ellos se encuentran tambien mezclados los huesos de sus agigantados compañeros los rinocerontes, los hipopótamos, los mastodontes y tapires (3).

Uno de los efectos mas inmediatos del diluvio fué el enfriamiento de la tierra, que debió de ser repentino, como se infiere del hecho siguiente, referido por el geólogo inglés en la obra citada. El año de 1805 se descubrió á orillas del rio Lena un elefante antediluviano, tan perfectamente conservado con su pelo y carne, que comieron de ella los perros.

Otra causa que alteró la constitucion fisica del globo en tiempo del diluvio, fué el aumento de superficie de los mares, y consiguiente disminucion de la tierra seca. Y aunque no sea posible en el dia afirmar cual era la proporcion antigua entre los mares y la tierra, de las observaciones que han hecho los mas acreditados geólogos resulta, que en el mundo antediluviano la superficie de la tierra seca era mayor que en el presente. El nuevo equilibrio entre las aguas y los terrenos secos fué un beneficio dispensado por el Supremo Hacedor á las nuevas generaciones que habian de repoblar el mundo. Este no se vió ya es-

puesto á otra inundacion general, segun la promesa del Criador, ni á aquellas violentas erupciones de los fuegos internos que debieron acaecer con frecuencia en la época antediluviana, segun las observaciones del geólogo Mr. Vre (4).

Pasando ahora á tratar de las primeras sociedades formadas despues del diluvio, convendrá subir hasta el origen del linaje humano para dar una ligera idea del estado progresivo de la sociedad primitiva, cuya civilizacion heredaron los descendientes de aquellos primeros hombres.

Moisés, partiendo del gran principio de que Dios crió al hombre á su imagen y semejanza, le supone dotado en su origen de una alta virtud y capacidad intelectual. Despues se degradó por su desobediencia al Criador, viéndose condenado á adquirir el sustento con el sudor de su rostro: en consecuencia empezó á cultivar la tierra, y á apacentar ganados, ocupacion en que se ejercitaban sus primeros hijos, Abel y Cain.

Aumentándose el género humano se inventaron otras artes. Por de contado consta en el capitulo 4.º del Génesis, que Cain, fugitivo, fundó una ciudad, lo cual no hubiera podido hacer sin los conocimientos y medios necesarios para tamaña empresa. Tambien se ve en el mismo capitulo 4.º inventado el arte de trabajar á martillo toda obra de cobre y hierro: se habla asimismo de Jubal, padre de los tañedores de citara y órgano, y de Jabel, progenitor de los que habitan en tiendas, cuya fabricacion supone otra especie de artefacto. Corrompiéronse despues mas y mas los hombres, creció el lujo, y con él se inventarian otras artes de mayor refinamiento; debiendo suponer que éstas se habian multiplicado en el tiempo que medió desde la creacion al diluvio.

Este acabó ciertamente con la primitiva civilizacion, pero no con todos los conocimientos y tradiciones, por haberse conservado algunos de los hombres que pertenecieron á la época primitiva. Noé, despues de la salida del arca empezó á ejercer su antigua profesion, que era la de agricultor, en la cual le ayudarian como era natural sus hijos. Para el ejercicio de este arte precisamente habia de tener los instrumentos indispensables, y es de inferir que los hubiese conservado en el arca ó nave, como tambien otros utensilios que pudieran serle de utilidad para sus necesidades domésticas. Asimismo es de creer que él y sus hijos conservasen por lo menos algunos conocimientos tradicionales acerca de los oficios mas indispensables en una sociedad, mayormente habiendo dirigido Noé la construccion del arca ó bagel, en la cual debieron emplearse carpinteros, herreros, calafiteadores y otros operarios.

La sociedad pues volvió á comenzar despues del diluvio, segun la sagrada Escritura, de un modo digno y correspondiente á un ser racional, esto es, ocupándose los primeros individuos en labrar la tierra, que es una de las mas nobles y útiles profesiones.

Los ilustrados árabes eran de esta misma opinion. Abu Zacaria en su libro de agricultura dice lo siguiente: «Dícese que el primero que aró y sembró la tierra fué Adán, inspirándole Dios, y enseñándole por una especie de instinto interior la ciencia necesaria para esto; despues su hijo Seth y Edris ó Enoc. Pasado el diluvio, los que salieron del arca ninguna otra cosa se propusieron sino dedicarse á la agricultura con la direccion que les dió Noé (2).

No existió pues el tiempo en que los hombres vivieron á manera de brutos, segun la opinion de muchos escritores antiguos y algunos modernos, de cuyas absurdas fábulas voy á dar algun conocimiento á mis lectores.

Empezando por el historiador caldeo Beroso, ya citado, tratando del origen de la civilizacion de su país, dice lo siguiente: Habia en Babilonia por aquellos tiempos (los inmediatos al diluvio) gran afluencia de gentes de varias naciones que vivian sin ley á manera de bestias. Mas no tardó en aparecer á orillas del mar Eritreo, que linda con aquella ciudad, un animal llamado *Oanes*, cuyo cuerpo era de pescado, si bien bajo la cabeza de tal tenia otra parecida á la del hombre, y piés como este adherentes á la cola, segun acredita su retrato que se ha conservado hasta el dia. Este animal tenia costumbre de pasar el dia entre los hombres, aleccionándolos en las ciencias, las letras y las artes; pero al ponerse el sol se retiraba al mar, donde pasaba la noche, porque era anfíbio (3).

Diodoro Siculo dice espresamente que la yerba y el fruto de los árboles fueron el alimento primitivo de los hombres, y Plutarco asegura que en los primeros tiempos los hombres comian el musgo y las

(1) *Discours sur les revolutions du globe*. Paris, 1840, página 280.

(2) *Reliquias diluvianas*. Tal es el título de la obra en que el sabio inglés da las noticias que he copiado, haciendo otras observaciones geológicas muy atinadas y profundas.

(3) El geólogo inglés Mr. Vre refiere todos estos hechos y otros muy curiosos acompañados de ingeniosas observaciones, en su obra intitulada: *A new System of Geology*, impresa en Londres, año de 1829.

(4) Mr. Vre en la obra citada, libro III, página 484 y siguientes.

(2) Prólogo de la obra, párrafo 5.º Traducción castellana del señor Banqueri.

(3) Mr. Preston Cory, *Ancient fragments etc.*, página 25.

La pintura del animal anfíbio de Beroso existiria tal vez en el templo de Belo, cuyos geroglíficos le sirvieron en parte para su historia. Este geroglífico del anfíbio representaba sin duda, aunque desfiguradamente, á Noé en dos épocas, combinadas bajo aquella figura, á saber: el tiempo que anduvo errante por las aguas, y su salida del arca para cultivar la tierra y echar los cimientos de una nueva civilizacion. El mismo nombre de Oanes casi es un anagrama de Noé ó Noé.

cortezas de los árboles, saltando de alegría cuando encontraban bellotas.

Los poetas latinos engalanaron estas mismas ideas pintando como salvajes á los primeros hombres. Hé aquí algunos versos que lo acreditan

Virgilio dice lo siguiente en el principio de sus geórgicas:

Chaoniam pingui gaudem mutavit arista.

Aun está mas espresivo Lucrecio en los siguientes:

*Nec dum res scibant tractare, neque uti
pellibus, et spoliis corpus vestire ferarum,
sed nemora atque caros montes silvasque colebant;
et frutices inter condebat squalida membra.*

Horacio dice en la 3.^a sátira del libro I:

*Cum prope serunt primis animalia terris
mutum et torpe pecus, gauden atque cubilia propter
unguibus et pugnibus, dein sustibus, atque ita porro
pugnabant armis que post fabricaverat usus.*

El autor anónimo del *Origen de las primeras sociedades*, adoptando las fábulas de los antiguos, dice los disparates siguientes (1):

«La yerba y los frutos silvestres fueron el único y primer alimento del hombre. De aquí el respeto supersticioso que tenían los antiguos á la selva de Dodona. Por otra parte, su desnudez y la ignorancia de las mas groseras artes los esponían á la rabia de las fieras, porque segun dice Diodoro, ignoraron largo tiempo el uso del vestido y de las cabañas, y no formando entre si sociedad alguna, se hallaban necesariamente sin defensa, á merced de los leones, de los osos y tigres.

»Muchos años, muchos siglos tal vez, duró este embrutecimiento general de la especie humana, cuando un acontecimiento para siempre memorable vino á mudar enteramente la faz del globo. Un rayo cayó en un árbol de los que coronaban una montaña, segun refiere Diodoro Siculo, y comunicándose el fuego á todas las ramas, resultó una hoguera. Sobrevino la noche, y uno de los hombres que habian presenciado áquel fenómeno, hallándose cerca del árbol incendiado, experimentó una sensacion agradable, que fué aumentándose cuanto mas se acercaba. El calor que se exhalaba del árbol secaba insensiblemente la humedad de que se hallaba cubierto el hombre, y al mismo tiempo le servía de preservativo contra el incómodo frio que sentía.

»Fué pues el primero que empezó á discurrir que el fuego podría ser un benéfico agente. Hasta entonces los otros hombres apenas lo habian conocido, ó lo habian mirado como una terrible calamidad de la cual huían con espanto, procurando apagarlo con un sagrado horror, si casualmente el rayo producía un efecto igual al que acabo de describir.

»Empero el hombre audaz, de quien he hablado, arrojando las preocupaciones de sus padres y contemporáneos, se atrevió á no ver en el fuego sino beneficios. Aun hizo mas, y fué el comunicar á los otros hombres su descubrimiento y osadía. La intrepidez es una calidad perteniente á un reducido número de sujetos, si bien con el ejemplo se comunica fácilmente á otros. El primero que vió en el fuego un elemento saludable fué un héroe, una alma privilegiada, un hombre naturalmente intrépido. Los que siguieron su ejemplo y le ayudaron á perpetuar este nuevo fenómeno, fueron despues de aquel los hombres mas animosos. La posteridad los conoció bajo los nombres de curetes, telsines, cabires, coribantes, dactíleos, ideos, palabras todas sinónimas, si hemos de creer á Strabon. También fueron llamados titanes, tifones, ciclopes, etc.»

Orillando ya tales delirios poéticos y filosóficos, veamos cuáles fueron las emigraciones de aquella sociedad compuesta de Noé, su familia y los inmediatos descendientes de la misma. Algunos autores suponen que residió primeramente en la Armenia, y esto parece probable por cuanto aquel país es montañoso, con fértiles valles, y debe de presumirse que no quedaria tan pantanoso con las aguas del diluvio como las regiones mas llanas, adonde se trasladaron mas adelante aquellas familias. Esta traslación debió de hacerse primeramente á una region mas oriental que la Armenia, de la cual pasaron posteriormente á los fértiles campos de la Mesopotamia (2). Allí hubieron de permanecer, hasta que aumentándose escesivamente y no pudiendo mantenerse juntos, proyectaron edificar una torre y una ciudad que hiciesen célebre su nombre antes de separarse y derramarse por toda la tierra. Algunos suponen que lo que les movió á adoptar el pensa-

miento de edificar una altísima torre, fué el libertarse en caso de otro diluvio si Dios lo enviase. Pero en la Escritura nada se dice de esto, y solo se indica que se movieron á ello con el fin de granjearse un nombre célebre é inmortal en la posteridad: fuera de que para este fin no la hubieran construido en llanura, sino en la eminencia de alguna montaña (1).

Ocupados en su obra descendió el Señor, dice la Escritura (2) para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo: hé aquí el pueblo es uno solo, y el lenguaje de todos uno mismo: y han comenzado á hacer esto, y no desistirán de lo que han pensado hasta que lo hayan puesto por obra. Venid pues (3), descendamos y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero. Y de este modo los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad. Y por esto fué llamado su nombre Babel, porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra; y desde allí los esparció el Señor sobre la haz de todas las regiones.

Este acontecimiento tan memorable de la construccion de la torre, y la confusion de lenguas, se refiere no solo en la Sagrada Escritura, sino en algunos autores gentiles, aunque desfigurado, como resulta de los siguientes fragmentos que se han conservado de sus obras. El historiador Berora dice lo siguiente: «Aseguran que los primeros habitantes de la tierra, ufanos con su fortaleza y procerosa estatura, despreciando á los dioses, emprendieron la construccion de una torre, cuya punta llegase hasta los cielos, en el sitio donde hoy se levanta Babilonia; pero cuando ya se acercaba al firmamento, vinieron los vientos en ayuda de los dioses, derribando la fábrica sobre sus mismos constructores: las ruinas, segun dicen, existen todavia en Babilonia. Los dioses introdujeron diversidad de lenguas entre los hombres, que hasta aquel tiempo habian hablado un mismo lenguaje, y se encendió la guerra entre Crono y Titan. El sitio en que edificaron la torre se llama hoy Babilonia, á causa de la confusion de lenguas, porque los hebreos llaman babel á la confusion.» (4)

Un fragmento del antiquísimo historiador griego Hertico dice lo siguiente: «Los sacerdotes que escaparon se llevaron consigo todos los utensilios y ornamentos del culto de Júpiter engalicino, encaminándose á Senaar en Babilonia. Empero lanzados también de allí, fundaron colonias en varias partes, estableciéndose cada uno en el sitio que el acaso ó la direccion de Dios les deparaba.» (5)

Otro fragmento de Eupolemo dice lo siguiente: «La ciudad de Babilonia debe su fundacion á los que se salvaron de la catástrofe del diluvio... fueron estos gigantes, y edificaron la torre de que habla la historia; pero destruida por el poder de Dios, se esparcieron los gigantes por toda la tierra.» (6)

Alejandro Polyhistor se explica del modo siguiente: «La Sibila dice que cuando todos los hombres hablaban el mismo lenguaje, algunos de ellos proyectaron construir una opulenta y elevada torre á fin de poder escalar el cielo. Pero Dios omnipotente, enviando un huracan, confundió su designio y dió á cada tribu su peculiar lenguaje: por esto se puso á la ciudad el nombre de Babilonia. Despues del diluvio vivieron Titan y Prometeo, el primero de los cuales hizo la guerra á Crono.» (7)

Los versos de la Sibila á que se refiere Polyhistor son los siguientes:

Cuando en los campos de la Asiria al cielo

se alzó la torre y del linaje humano

una era el habla, ejecutar dispuso

omnipotente Dios su justo fallo.

Mando terrible dió desde el emíreo

al saúdo huracan que rebramando

sopló en la torre: vaciló convulsa

y sus hondos cimientos retemblaron.

La mútua inteligencia entre los hombres

desde entonces cesó por el mandato

de un oculto poder: hablar querian,

mas la espresion faltaba al torpe labio,

que solo articular pudo un sonido

penoso y balbuciente. A tal fracaso

debíó aquel sitio de Babel el nombre,

así por los apóstatas llamado.

Este el origen fué de los imperios;

y así el mundo despues se vió poblado (8).

(Continuará.)

(1) Scio, *Biblia traducida*, tomo I, página 67, nota 2.^a

(2) Capítulo 11 del *Génesis*, versículo 5 hasta el 10.

(3) Los padres antiguos notan en estas palabras la distincion de personas en Dios.

(4) *Biblia de Scio*, tomo I, página 68, nota 1.^a

(5) Euseb. *Præparat. Evang.* libro 9. Synell. *Chronica*. 44, Euseb. *Chron.* 43.

(6) Joseph. *Antiquit. Jud.* Euseb. *Præpar. Evang.* 9.

(7) Euseb. *Præpar. Evangel.* 9.

(8) Joseph. *Antiquit. Jud.* libro I, capítulo 4. Euseb. *Præparat. Evangel.* 9.

(9) Pueden verse los citados versos traducidos del griego al inglés en la ciudad obra de Mr. Preston Cory. página 51 y 52.

(1) *Origine des premieres sociétés*, página 44 hasta la 95. Un tomo en 8.^o francés, impreso en Amsterdam, año de 1770.

(2) En el capítulo 11 del *Génesis*, versículo 2, se dice: «y como partieron de Oriente hallaron una campiña en tierra de Senaar, y habitaron en ella.»

ESTATUA ROMANA DE CLUNIA.

Tenemos una verdadera satisfaccion en poder ofrecer á nuestros lectores la primera copia que se ha sacado de la preciosísima estatua que, por fortuna de las artes, ha sido descubierta últimamente en la antigua Clunia, de cuyas respetables ruinas hablamos en este mismo periódico al principio de 1846, haciendo patentes su importancia, y los muchos é inapreciables tesoros que aun encierran, sin contar con los infinitos que se han ido encontrando por pura casualidad desde tiempo inmemorial.

En prueba de lo que acabamos de manifestar, aseguramos que si estuviesen reunidas las monedas y medallas de toda clase de metales, los camafeos, los mosaicos, los utensilios de barro, hierro, bronce, etc., las lápidas, columnas, capiteles, aras y demás antigüallas que la suerte ha puesto en poder de los habitantes del pueblecillo de Peñalba de Castro, dueños de la inmensa planicie que ocupó el convento jurídico cluniense, de fijo y de positivo habria y aun sobraria para formar un museo de los mas completos y mejores.



Volviendo á la estatua que motiva estos ligeros apuntes, diremos que fué hallada por Santiago Lucas en una de sus posesiones de Clunia el 16 de febrero del año anterior, y que, gracias al celo de los señores juez de primera instancia y alcalde corregidor de Aranda de Duero, pudo evitarse que saliese de nuestra patria conducida por algun especulador, como por desgracia ha sucedido con otros objetos de la propia procedencia.

La referida estatua es de alabastro, tiene cinco piés de alta, pesa cerca de siete arrobas, representa una Beldad encubierta con un manto: la labor es de lo mas acabado y perfecto que existe; carece de brazos, los cuales podian ser de metal; y esto, y el ignorarse los atributos que tendria aquella en las manos, nos priva de saber lo que fuese ó la deidad á que estuviese dedicada; pero lo que sí se conoce á primera vista, es la obra maestra del artifice desafiando con ella y sorprendiéndonos á los que hemos nacido después de mas de 1700 años.

Es de advertir que debajo del sitio que ocupaba la estatua de que hablamos cuando fué descubierta en posicion horizontal, inclinada un poco á la derecha y como una vara de la superficie, cubierta con una piedra tosca, se encontraron tambien á las tres varas de profundidad cinco columnas de mármol sin ninguna labor, fijadas ó apoyadas sobre una roca, tres trozos de jaspe que unidos se conoció eran una

lápida con la inscripcion que sigue: *Por la salud del Emperador César, Adriano Augusto, la Colonia Cluniense*. Tres pequeñas alas de bronce con la cascarilla de plata, una vasija de barro de forma cuadrada sostenida por cuatro piés de la propia materia con una abertura en medio de la parte superior, por cuya abertura puede introducirse una moneda del tamaño de un cuarto, unos pedacitos de marfil, y en fin, varias astas de ciervo, una muy disforme.

Este hallazgo posterior nos hace presumir, pero con temor sumo de equivocarnos por nuestra estremada ignorancia, si dicha estatua seria dedicada ó representaria á Diana Cazadora.

De todos modos no cesaremos de felicitarnos tanto por el casual encuentro de unos objetos tan curiosos que nos ha ocultado la tierra por un número considerable de siglos, como por no haber salido de nuestra patria.

Lo único que importa ahora es que se espongan á la admiracion pública en el museo provincial de Burgos, y que no continuen, como por desgracia sucede en la actualidad, metidos en el cajon donde se condujeron desde Aranda de Duero, dentro de uno de los cuartos mas oscuros y retirados del gobierno de aquella provincia.

REMIGIO SALOMON.

CARTAS SENTIMENTALES Á POLUX.

IV.

(ÚLTIMA.)

Cosa es con la cual no me puedo resignar aun, pero en fin, todos lo dicen, y debe de ser verdad, el que sean dos levantados sentimientos la gloria y el amor; pero yo veo que de desventura en desventura me han hecho rodar ¡desgraciado de mí! hasta lo fondo del abismo en que me quejo, sin una voz que me consuele ni una mano que me ayude. ¿Qué hacer sin esperanza, con un corazon sensible, en este mundo estéril? No hay, Pólux, remedio para mi dolor. Hace algunos años, me acuerdo como si fuera hoy, cruzó por este valle una muger ideal: cuando levantaba los ojos al cielo, parecia un ángel que suspiraba por su patria: ¡qué hermosa era Virginia! Lastimada un dia de mis lágrimas, que mejor aun que la cara tenia el corazon, me preguntó por mis penas: su voz, que vibraba como un timbre de plata, era tan dulce, que no pude resistir á sus instancias, y dijela que habia amado á una muger con locura, y tanto, que iba á ser el hombre mas feliz de este mundo siendo su esposo, cuando la desgracia hizo que perdiera yo un ojo heroicamente, con lo que, es decir, sin el que, hubie de parecer tan mal á mi prometida, que se rió de mí y se casó con otro. Los sollozos ahogaron la voz en mi garganta, y las lágrimas concluyeron mi relacion. Virginia escuchó con indiferencia mis cuitas, y luego desapareció por entre los árboles, sin enjugar una de mis lágrimas ni murmurar en mi oido una palabra de consuelo. ¿Por qué no di, como mi padre, la última boqueada en el campo de batalla? Solia pasearme aun despues de esto con ella en la orilla del mar, porque como era tan buena, no habia perdido del todo la esperanza de que se doliera de mí, cuando un dia hizo la casualidad (que otra cosa no pudo ser) que encontráramos á un jóven de hermosa presencia, que con los ojos bañados en lágrimas, sentado en una roca, contemplaba cómo las olas se rompian bajo sus piés. Yo me compadeci de él, y Virginia, como en otros dias á mí, le preguntó por sus pesares. Entonces él, como yo, la dijo: «El mundo era para mí un paraíso; amaba á una muger, y me iba á casar con ella, cuando un decreto impío me desterró para siempre de mi patria. Las lágrimas de Virginia concluyeron la historia del extranjero; comenzó á darle consuelos; ¡y qué consuelos le daria, y qué necesidad tendria aquel hombre tan desgraciado de ellos, cuando dos meses despues, en los brazos de Virginia, olvidó los amores de su país!

¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!

¡Pobre extranjero! ¡Picaro tuerto! ¿Adónde iré, triste de mí, á verter esta ternura que me rebosa en el corazon y que me ahoga? ¡Las mugeres! las mugeres no valen ni mas ni menos, y las hago mucho favor, que Laura y que Virginia. Contestarán pues á mis palabras con una carcajada, ó encogiéndose de hombros pasarán. La amistad no satisface del todo los sentimientos de mi alma; y sin embargo era tan bueno Tadeo, que habia momentos en que me reconciliaba, que no es poco, con este mundo. ¡Pobre soldado! Tu viejo corazon ¡con qué placer latia contra el mio cuando me estrechabas al pecho entre tus trémulos brazos!... Tú sabes, Pólux, que Tadeo estaba ya muy achacoso cuando volví de la guerra; pero lo que ignoras, y esta es la mayor de mis penas, es que mis desgracias le acabaron. ¡Ay! ¡jamás olvidaré en sus últimos momentos el fervor con que besaba la cruz de su espada. ¡Pobre hombre! Parecia pedir á aquella compañera de sus

campanas le abriera ahora el camino de los cielos, como tantas veces le había abierto el de la gloria, al través de las filas enemigas. Un silencio augusto reinaba en la alcoba. El cura de la aldea levantaba los brazos en oración sobre aquella cabeza de anciano, en tanto que yo, con mi frente abrasada, trataba, aunque en vano, de reanimar sus piés, ya entumecidos con el frío de la muerte. No hubo remedio. Tadeo pronunció mi nombre, y me estrechó la mano, y miró al cielo, y... á Dios... se fué á reñir con su capitán. ¡Tadeo! ¡Tadeo! Lo que fué de mí no lo sé, porque el dolor me quitó el sentido; pero cuando volví en mí, de lo que sí me acuerdo es de que el cura, entre otras cosas, decía: «que mis lamentos ofendían al cielo; que Tadeo había concluido su misión sobre la tierra, y que Dios le había dado lo que mas le convenía.» ¡Yo no sé lo que podría convenir á Tadeo que no fuera pasar los días á mi lado; ni á quién podía hacer mas falta que á mí, pobre huérfano, abandonado y sin apoyo en la redondez de la tierra! Pero el buen sacerdote decía lo contrario: y claro es que un hombre tan virtuoso y sabio, sus razones tendría para ello. Oculté por lo tanto mis penas en el centro del corazón, y solo confío desde entonces mis gemidos á la soledad de los bosques, y mis quejas á las crestas de las montañas. Mi reducido huerto es el que ha ganado con mi melancolía, pues se me pasan los días y á veces las semanas sin salir de mi morada. ¡Si vieras qué hermoso estaba la primavera pasada! Mi flor predilecta es el jacinto blanco; á ti también te debe de gustar: es tan delicado su aroma y su color tan puro; que no sé por qué me trae á los sentidos la imagen de una mujer. En medio del jardín tengo un

cenador cubierto de estas flores. A su sombra voy todas las tardes á leer mis libros favoritos: ahora el que mas me conmueve es el Werther. Dos muchachos de seis á ocho años, el uno de cabellos de oro y de ojos azules, moreno el otro y de ojos negros, juegan mientras tanto en derredor de mí con sus caballos de caña, ó apoyan sobre mis rodillas sus cabezas de ángeles. Son los hijos de Laura, que con su permiso vienen á correr, como ellos dicen, al jardín de su amigo. Yo siempre les tengo alguna golosina, y ellos cada día me quieren mas, y yo también á ellos, porque sus facciones me recuerdan las de Laura. Algunas veces me hablan de su madre, á la que no he vuelto á ver mas, pero de la que sé, y es bastante saber, que vive feliz con su marido á un cuarto de legua de aquí. ¡Que los cielos le den toda la ventura que á mí me niegan! Porque ¡ay Polux! mi vida en este solitario albergue es un decaimiento continuo que va creciendo, creciendo. Mi alma, desatada y esparcida por un cuerpo enfermo, solo aspira á volar y perderse en el azul del cielo. ¡Con qué placer escucho los pasos de la muerte! Aquí, por las tardes, me siento al lado de la ventana á despedirme de este valle de mi juventud. Una docena de saucos, al márgen del río, inclinan con amargura sus desmelenadas cabezas. ¡Arboles queridos! El cura me ha prometido enterrar mi cuerpo en aquel apartado lugar. Descansaré pues á su sombra amiga. El ruido de sus copas agitadas por el viento serán los solos cánticos de mi entierro, y las hojas secas arrancadas por la tormenta, las únicas lágrimas que caerán sobre mi tumba.

CASTOR.



CHOZAS DE LOS NEGROS EN LA SENEGAMBIA.

(Véase el número anterior.)

LA MASCARADA.

(NOVELA.)

(Continuación)

V.

A los que estrañen que la noche del concierto de la duquesa no muriese un caballero á manos de un lacayo, les diremos que conocen muy mal el carácter del protagonista de esta verdadera historia.

En la mañana que sucedió á la fiesta, amaneció muy tarde en casa del coronel. La señora, que se había acostado con sol, no llamó á su doncella hasta despues de las cuatro; y por lo que hace al señor, ni se

había levantado temprano como acostumbraba, ni menos dado razon de su persona.

Admirada Magdalena de este estraño incidente, se resolvió á entrar en el aposento de su esposo (Hacia algunos meses que vivian separados á causa de la tos que aquejaba con frecuencia al coronel)

Las puertas del gabinete estaban cerradas como á la media noche, y en la alcoba de Alvarez no se sentía el menor ruido. Lela, sorprendida, descorrió las cortinas del lecho, y su sorpresa fué entonces infinitamente mayor cuando se ofreció á su vista el cuadro mas repugnante. Las ropas de la cama estaban en desorden: el coronel, atravesado en el lecho tenia los brazos y la cabeza colgando; la sangre se había agolpado á su rostro, le daba un aspecto horrible: por último, la fetidez y humedad del lugar contribuían á temer alguna catás-

trofe. Cuandose abrieron los balcones del gabinete, Magdalena pasó del estado de angustia al de menosprecio: entonces reconoció en su marido las señales evidentes de la embriaguez. Decididamente aquel hombre, gastado ya para todos los vicios, se había dado por el mas odioso y repugnante.

Amaneció el siguiente dia, y tras de él otro y otros sin que se notase mas novedad en casa de Magdalena que la variacion repentina en el carácter del coronel. Este, que mucho tiempo antes habia perdido su buen humor, tornándose de bromista y locuaz en taciturno y reservado, volvió á aparecer tal como era, amable, complaciente, gran fumador, y sobre todo excelente tercio para la Ginebra. Ninguna mañana se encontraban en su mesita de noche menos de tres frascos vacíos.

Al volver una tarde á su casa mas temprano que de costumbre, fué directamente al gabinete de su muger, en vez de tomar el camino de su despacho. Cuando penetró en él la encontró sola.

—¿Ha venido alguien? la dijo.

—No. Aquí estoy aburrida desde que te marchaste.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque entonces ya sé que quien se fuma mis cigarros es tu doncella.

En efecto, el gabinete estaba lleno de humo de tabaco. El coronel salió de allí sin dar lugar á que su esposa se turbase en su presencia.

Por la noche llamó al lacayo y le preguntó:

—¿Vive todavía en la misma casa ese caballero para quien sueles llevar esquelas de tu ama?

—Sí señor; vive en la misma casa.

—Pues bien, mañana tendrás que llevarle una mia.

—Está bien, señor.

Al dia siguiente á las doce el capitán Alvarez, Magdalena y el coronel se hallaban reunidos en el mismo lugar y con el mismo ó mayor gozo que el primer dia de su conocimiento.

—¡Válgame Dios, y cómo se pierde este capitán! ¡Sabiendo que le apreciamos tanto! ¿Qué es de su vida de V., caballero?...

—Las ocupaciones del regimiento me impiden ser todo lo consecuente que debiera con mis amigos. Sin embargo he venido varias veces; pero como siempre daba la casualidad de que estaba V. fuera de casa...

—¿Con que ha venido V?... pues no lo sabia.

—Sí, hombre; te lo he dicho muchas veces.

—¿Me lo has dicho?... Pues no recuerdo... Ya se ve, lo primero que perdemos los viejos es la memoria. ¿Y qué se dice por Madrid? ¿Son ciertas esas voces que corren de que se casa V.?

—¿Casarme yo?

—¿Casarse el capitán?

—Sí, Lela mia, se nos casa. Y parece que no hace mal partido. Joven... hermosa... rica...

—¿Usted se burla, mi coronel?

—¿Qué gana de chanzas tiene mi marido!...

—Hombre, ahora que hablamos de muchacha y de broma, ¿hizo V. algo con aquella chica á quien vino siguiendo la célebre mañana en que nos conocimos?

—Voy á tocar un poquito el piano si á Vds. les parece.

—Con mucho gusto por mi parte, señora mia.

—Digo esto porque ayer oí decir en el café que habian visto á usted con una muchacha muy linda que vivia... y dieron las señas de esta casa.

—¿Qué canto, señores?

—Lo que V. guste, Magdalena. Yo á todo me avengo, porque todo me entusiasma igualmente: en caso quien deberá indicar será mi coronel.

—Entonces se me ocurrió decir: ¿si será con aquella muchacha que le dió con la puerta en los hocicos?

—Seguramente, con esa debe haber sido.

—Pero es el caso que yo me la encontré esta mañana en la escalera, y como estaba de buen humor, la tiré una puntadilla sobre el asunto. Amigo mío... ¿cómo se me puso!!! ¡Picaro! ¡infame! ¡calumniador!!! decía. ¡No será capaz de referirlo en mi presencia!!!... Por fin estaba hecha una furia. Yo entonces...

—¿Canto la melodía del marinero enamorado?

—¡Oh, sí! esa creo que es la favorita de mi señor coronel.

—¿Con que sabe V. qué he hecho? La he citado para esta hora con el fin de que tengamos un buen rato. Ya poco tardará: al cabo quedarán Vds. amigos.

—¡Pero mi coronel!...

—Sí, Lela mia, canta la melodía del marinero enamorado: con eso oirá el capitán esa preciosa serenata. Voy antes á referirle el asunto, por si no entiende el italiano.

—Ya creo que en otra ocasión...

—¡Ah! ¿se le he contado á V?... Quiere decir que por si no se acuerda... Suponga V. que el marinero estaba enamorado de su canoa... pero lo que se llama enamorado. Vino un tuno á robársela, y ¿qué hizo? saca un puñal, y zás!!! le atraviesa el pecho de parte á parte.

—¿Cómo? si mal no recuerdo, fué de otro modo lo que V. me contaba...

—¿Fué de otro modo? Pues no tengo presente... ya se ve, lo primero que perdemos los viejos es la memoria. ¿Qué hizo pues el marinero?

—Se durmió.

—¡Ah! ¿con que se durmió?

—El envidioso entonces, aprovechándose del sueño, echó á pique la barquilla.

—¿Con que la echó á pique? Si, tiene V. razon, ya recuerdo; la echó á pique. Entonces fué cuando el otro sacó el puñal...

—¿Pero qué puñal? si no hay tal puñal. El otro lo que hizo, si no estoy trascordado, fué soñar que le cubrian de flores su canoa...

—Eso es, si; tiene V. razon: el otro no sacó el puñal, pero debia haberlo sacado... ¿No es esto? Porque una infamia semejante solo la sufre un hombre mal nacido... un miserable... un lacayo, por ejemplo, de esos á quienes se les tiran las cosas á la cara, y ellos lejos de ofenderse, lo toman como una gracia de su señor.—Vamos, canta, Lela mia, canta: quiero oír por última vez tu hermosa voz... Yo viviré ya poco: ¿no es verdad, capitán?

Magdalena, que toda la mañana habia tenido una voz limpia y fresca, probó á cantar y estaba enteramente ronca. El capitán, confuso y aturdido, comenzó á buscar en su imaginacion una frase oportuna para despedirse; pero no le fué necesario hallarla, porque el coronel sin despegar sus labios dejó el asiento y se dirigió á su gabinete empuñándose un tarro de Ginebra que llevaba escondido en el gabinete. Cuando desapareció de la estancia, el capitán se acercó á Magdalena para decirla:

—¿Qué es eso? ¿está ese hombre loco?

—No, capitán, es peor todavía; ese hombre lo que está siempre es borracho.

Once dias permaneció el coronel encerrado en casa desde la mañana que tuvo la entrevista con el teniente. En todo ese tiempo no consintió que se apartase Magdalena de su lado con pretextos mas ó menos oportunos, aunque siempre justificados. Solo por la noche se separaban los esposos, y eso con gran sentimiento del marido, según repetia diariamente á su querida Lela. La última de ellas, poco despues de haberse despedido, tiró el coronel del cordón de la campanilla, y dijo á su lacayo:

—Pide á la señora la llave de la caballeriza (Magdalena las guardaba todas) que voy á ver si comen bien los caballos.

La llave de la caballeriza tardaba en venir; pero al coronel no debia hacerle gran falta, cuando en vez de salir á cojerla se encerró en su gabinete, y abrió con sumo cuidado el balcón que daba á la calle. Casi al mismo tiempo se abria la cochera de la casa, y salia por ella un embozado á quien al parecer reconoció Alvarez. Volvió á cerrar con el mismo silencio que habia abierto, y gritó despues desde la puerta de la sala:

—Dí á la señora que no se incomode, que hace mucho frio.

VI.

A aquel encierro inexplicable sucedió una ausencia inexplicable tambien: durante tres dias no paró el coronel en su casa mas que el tiempo necesario para comer y dormir. Nosotros que conocemos sus mas recónditos pensamientos, podemos decir mas: en aquellos tres dias ni comió ni durmió.

Llegado el cuarto, el coronel llamó á su esposa, y se encerró con ella en su gabinete.

—No sé si habrás notado, Lela mia, la dijo, que desde hace algunos meses pasamos una vida menos agradable que al principio de nuestro casamiento. Tú no cantas, no tocas, no sonries, no endulzas mi vejez como lo hacías antes; yo en cambio paso la vida meditabundo, triste, y lo que es peor, entregado á una embriaguez forzada, que va quemando mi alma á la par que abrasa mi cuerpo. ¿En qué consiste esto?

—No lo sé, contestó friamente Magdalena.

—¿No lo sabes?

—No.

—Pues bien, yo si lo sé y voy á decírtelo. Esto consiste en que insensiblemente hemos ido perdiendo esa agradable franqueza, esa dulce confianza que constituia en un principio las delicias de nuestra union; consiste en que se han tornado en majaderías lo que otro tiempo se llamaban ternezas; en que se ha vuelto mudez y retiro lo que otros dias era locuacidad y apego; en que hemos dejado de comer juntos, de pasear juntos, de habitar juntos; consiste en fin, querida

mia, en que yo te parezco cada día mas viejo, y en que tú me pareces cada día mas hermosa.

Magdalena permaneció impasible.

—Y bien, ¿qué dices á esto? repuso su marido.

—Nada.

—Eso equivale á aprobar mi pensamiento en todas sus partes, á reconocer la exactitud de mis juicios; eso equivale tambien, ó mucho me engaño, á aceptar el remedio que voy á proponerte.

—¿Cuál?

—El de que volvamos á ser lo que éramos.

—¿Me parece imposible! exclamó Magdalena con cierta audacia.

—Tienes razon!... dijo el coronel en tono de conviccion profunda; pero ¿por qué te parece imposible? añadió con mas naturalidad.

—Porque para eso era necesario que dejases de ser lo que eres.

—Dices bien, Lela, dices bien: yo me he portado demasiado injustamente contigo. Tenia un buen nombre, grande y merecida reputacion, cabellos canos, pero respetables, bienes de fortuna, corazon, amor... y con todas estas miserables cualidades, con todo este cúmulo de defectos, con toda esa cáfila de repugnantes vejéces, osé atreverme á la mano de una jóven, pobre eso sí, pero abandonada de todos; triste y desatendida, pero codiciada para algunos momentos por lo mas brillante aunque corrompido de Madrid: te acepté como habiasido, como eras, como debieras ser; te aparté de aquel dichoso aislamiento tan parecido á una agradable miseria; te robé la esperanza de ser la dama de un grande, de gozar las delicias de una odalisca, tal vez de llegar á ser por algunos meses la sultana del mas renombrado harem de la corte. Todo eso hice contigo, Lela mia; pero perdóname: yo te engañé miserablemente; te habia ofrecido la felicidad, y luego no supe darte mas que lo que has tenido en esta casa. Ya ves si me sobrá razón para arrepentirme de mi conducta.

Calló el coronel: su profunda amargura se dejaba traslucir bien claramente lo mismo en su fisonomia que en sus palabras. Magdalena parecia impresionada con el relato que acababa de oír.

—¿Y qué quieres decir con eso? exclamó despues de un momento de vacilacion.

—Quiero decir, continuó su esposo cada vez mas escitado, que necesito en mis últimos instantes (porque creo que ya no podré vivir mucho), que necesito ahora un poco de agua para mitigar la sed que me abrasa; que necesito un poco de mentira para entreteñer á la verdad que me apacienta; que necesito, Lela, que me engañes para que mi rostro apacible ahora no se cambie en horrible dentro de un momento!

Magdalena se estremeció visiblemente al escuchar esta última frase, porque la fisonomia del coronel experimentó de pronto el cambio mismo que anunciaban sus palabras.

—Bien, bueno, se apresuró á decirle, yo haré lo que desees; me prestaré á todo lo que exijas, satisfaré el menor de tus caprichos; habla, y conocerás si estoy dispuesta á complacerte.

Quizá el temor inspiró á la esposa este humilísimo razonamiento; pero aunque el tono con que fué pronunciado desdecia algo de la verdadera expresion de las palabras, el coronel pareció tranquilizarse segun el completo giro que experimentaron su rostro y sus ademanes.

—Así, así me gusta, señora mia, dijo entonces con su habitual amabilidad; eso se llama ser una jóven razonable. Ya conocerás, Lelita, que cuando te hablaba así, tendria muy graves motivos para estar alterado. Nuestra sagrada union me impone el deber de no ocultarte nada, y voy á hacerte partícipe de mi secreto. Sabe, Lela, que estoy amenazado de una catástrofe.

—¿Cómo!

—Horrible!

—Pero ¿cuál? ¿dónde? ¿por qué?

—Dentro de pocas horas voy á batirme.

—¿Con quién? exclamó la esposa sobrecogida de espanto.

—Con un quidam á quien no conozco.

—¿Pues entonces!...

—Voy á decirte. Hay en este duelo circunstancias tan estrañas, que me hacen temer mas que la misma muerte.

—¿Habla!

—Suponte que voy á batirme por un amigo de muchos años á quien un pisaverde trató ayer de poner en ridiculo, enseñando en la calle de la Montera cartas de su esposa.

—¿Y eso es bastante para...?

—Sí, hija mia, eso es bastante. Sean ó no auténticas estas cartas, la honra de un amigo debo yo defenderla con mi sangre. El no sabe nada; pero esta circunstancia es precisamente la que mas ha turbado mi espíritu; porque como vuelvo la vista hácia mí y me veo viejo, achacososo... enfermo... y tú tan jóven... tan linda... Perdóname, Lela, me asusta tanto la idea de una posibilidad!... ¡oh! perdóname, si soy un insensato... Me olvido de que eres tú la que juró conmigo su fé.

Si Magdalena temblaba en este momento, nadie lo hubiera conocido. El coronel continuó:

—Pues como te decia, mi amigo no sabe nada; pero esto mismo me ha obligado á meditar por él. ¿Y sabes que es horrible todo cuanto se piensa de un hecho semejante? Supon que el marido conoce su deshonra y decide tomar parte en el asunto; ¿qué caminos se le ofrecen? ó la venganza ó el desprecio. Para vengarse dicen que necesita batirse, y en este caso, ó muere, y entonces tras de la deshonra el martirio; ó mata, y entonces tras de la deshonra el crimen. Tú dirás: pues que desprecie!... Si desprecia y lo ignora el mundo, le toman por necio, por mentecato, por bobo, está perdido: si desprecia y el mundo sabe que desprecia, le llaman cobarde, sin pudor, villano, está deshonrado. —Pero aun le queda un medio, podrás decirme: que apele á la justicia de los hombres, que llame en su ayuda la fuerza de la ley. ¿Sabes tú lo que para ese pobre marido ha dispuesto la justicia de los hombres? Que cele á su muger, que la vigile noche y día, que la sorprenda en brazos de su rival, ¿entiendes? en brazos de su rival, pues de no ser así, pierde todo derecho; que entonces alborote, escandalice, entere de su vergonzosa posicion á todo el mundo, y cuando esto haya sucedido, que alce un puñal asesino y taladre con él traidoramente el pecho de su rival y el de la madre de sus hijos. Esa es la justicia de los hombres. Ellos han dicho: si abandonamos al desgraciado, tiene que optar entre la deshonra ó el crimen; pues bien, amparémosle con la ley, y entonces que lave su afrenta con el asesinato y la deshonra. ¿Sabes que es horroroso todo esto? ¿Sabes que seria necesario inventar un nuevo suplicio para la muger que olvida sus deberes? ¿Sabes que el asunto merece la pena de pensar en ello?...

—Sí, tienes razon, exclamó Magdalena conmovida, eso es horroroso!... Pero tú no te batirás, no querrás proporcionarme un pesar como ese á tus años... con tus achaques... con tus...

—¿Pobrecilla!... ¿Temes que ese titere venza en el combate? ¿Crees que con mi esperiencia y mi brazo peligrará mi vida? No, ton-tuela, un arañazo mas ó menos, y hasta otra vez. Con que, Lelita, es necesario aprovechar los momentos... porque... ¡qué diablo! tambien puede tocarme la china, y entonces todo acabó. Con que vamos, haya entre nosotros un instante de dicha como en los dias primeros de nuestra felicidad. Sé cariñosa, complaciente, ámame siquiera esta vez, y quizá quizá hasta desista de ese picaro duelo que tanto y con tanta justicia me ha afectado. ¿No es verdad que tú desearas agrardarme siquiera esta vez?

—Prométeme antes que desistirás... ¡Prométemelo, y volveremos á ser felices como el primer día!

—¿Felices?... Pues bien, te lo prometo, no me batiré hoy.

—¿Hoy! pero ¿y mañana?

—¿Mañana! ¿quién sabe lo que puede suceder mañana?

—¿Es decir que escusarás tu compromiso de hoy?

—Lo escusaré.

—Pues entonces manda, ordena, soy tuya enteramente.

—¿Prometes tú no llamarme majadero?

—Te lo prometo. ¿Qué es lo que desearas?

—Quería que volviésemos á aquellos felices dias en que pasábamos la vida hechos unos verdaderos muchachos; tú, porque estabas en la edad de ellos; yo, porque á tu lado habia conseguido rejuvenecerme. Quizá te vas á reir de mis tonterías... Pero figúrate que nos vemos ahora por primera vez; que tú gustas de mí, y que yo me prendo de tus gracias; figúrate que nuestro amor ha nacido sin motivo plausible, porque tú te hallas bien al lado de tu madre y yo puedo encontrar otra jóven cualquiera que sea de mi agrado; pero figúrate que ese amor ha nacido; figúrate tambien que tu madre sospechando nuestras relaciones ó habiéndolas sorprendido, se opone á nuestro gusto y te cela y te vigila y te prohíbe salir á la calle y hasta asomarte á los balcones; figúrate que queremos hablarnos, y que tú á hurtadillas de tu madre cojes una pluma (el coronel va haciendo ejecutar á su esposa cuanto dice), un pedacillo de papel, y escribes: anda, escribe; pon ahí lo que yo te vaya dictando. La ilusion ha de ser completa.

«Álvarez, ya sabes que no podemos vernos como antes, pero hoy tengo esperanzas de que pasemos algunas horas juntos. Ven dentro de una hora á lo mas, y espérame en la cochera del patio. Si yo puedo ir allí, iré; si no voy es que tú puedes subir, y hablaremos con mas comodidad.»

—Pon: Magdalena; esto es, firmada y todo. Figúrate ahora que llamas al criado. (El coronel tira de la campanilla, y se presenta el lacayo). Toma (le dices), lleva esta carta adonde llevabas las otras (que es precisamente á mi casa) (el criado recibe la esquila y desaparece). ¿Ves? el criado toma la carta como lo ha hecho, y la lleva á mi casa; la abro, la leo (esto no está sucediendo, porque ese bruto de lacayo se lleva la esquila ignorando la broma que traemos entre manos). Pero supon que la leo: «Magdalena (te contesto) (el coronel toma la pluma y escribe) tu esquila debia sorprenderme, pero el amor con obstáculos es tan ciego, que no veo en ella nada que me sorprenda.

Dentro de una hora estaré donde me dices; allí destruiremos el fondo de la canoa mientras la infeliz de tu madre crea que estamos adorándola de flores...

—¿Qué dices?... interrumpió Magdalena asombrada, ¿has perdido el juicio? ¿qué carta es esa que estás dictando?

—¿Lo ves, Lela? al fin no has podido menos de rebelarte con mis majaderías. Pero dejemos esto, que mas parece juego de niños que pasatiempo de amantes. ¿Sabes lo que pienso? Que salgamos á dar un paseo en la carretela. ¿Querrás?

—¿Por qué no?

—Voy á decir que enganchen.

(Concluirá.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

ÉGLOGA URBANA. (1)

(Á MI AMIGO D. JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.)

...de montibus umbræ.

Paseando está Juanita,
madrileño encanto y gala,
del Neptuno á la Cibeles
aprisionando las almas;

Pero ¡ay que siente la suya
agitarse en vivas ansias,
y á los suspiros no atiende
que le envían cuantos pasan!

En sus rizos de azabache
no ha prendido rosa blanca,
ni artero los va agitando
su abaniquito de nácar.

La blonda de su mantilla
no la molesta ni enfada,
ni el pié brevísimo enseña
al ondular de la falda.

Ve á Juan, y no se sonríe;
mira á Diego, y no se pasma;
llega Gil, y no murmura;
váse Pepe, y no se cansa.

Los ojos, cuya color
noche lóbrega envidiara
para su manto, no buscan
lo que otras veces buscaban.

Sus párpados entretienen
tal vez indiscreta lágrima:
su labio en púrpura tinto
ni aun para quejarse habla.

Pero da el túrgido seno
que ocultan sutiles gasas
ocasion á que la mente
prorumpa en tales palabras:

—«¡Ingrato! ¿y así me huyes?

»¿así dejas á tu Juana?

»Cada paso que te alejas

»¡ay! retumba en mis entrañas.

»No soy tan fea, Gonzalo,

»que hoy no me dijese el aya:

»señorita, el mismo cielo

»envidia esa tez nevada,

»Y el carmin de esas mejillas

»que en las de la aurora falta,

»y el brillo de esos luceros

»que no lo tiene el del alba.

»Vuelve, vuelve, mi Gonzalo;

»deja á esa Inés tonta y vana;

»que el oro no hace dichosos,

»é Inés no tiene otras gracias.»

Esto pensaba gimiendo

Juanita la desdenada,

cuando el otro repetía

en el fondo de su alma:

—«Llora, muger, llora, llora

»mientras yo no diga basta:

»con Inés andaré en coche;

»contigo andaría á gatas.

(1) Véase una égloga virgiliana del señor Tejada, que publicamos en el número 31 del SEMANARIO de 1852, y que ha motivado la presente égloga urbana.

»Y esta cinta, última prenda
»que de tu amor conservaba,

»de mi jockey en la gorra

»será divisa encarnada.»

En esto cayó la tarde,

la oscuridad se levanta,

pugnando por confundirla

los tubos que el gas inflama;

Y dos viejos van diciendo

al retirarse á sus casas:

—«Tanto mal no tiene cura:

»¡maldita ambicion humana!»

7 febrero, 1853.

JOAQUÍN JOSÉ CERVINO.

LETRILLA.

Todos, niña, te dicen
que eres hermosa,
de lindos ojos,
de lindo talle,
de linda boca.

Que son tus dulces ojos
de vivo fuego,
todos lo dicen,
todos lo cantan,
yo no lo niego.

Que es de arcángel tu talle,
Celinda amada,
yo no lo niego,
todos lo dicen,
todos lo cantan.

Que tienes en tu boca
preciosas perlas,
todos lo dicen,
todos lo cantan,
nadie lo niega.

Que en la luz de tus ojos
muero de amores,
nadie lo diga,
nadie lo cante,
tú no lo ignores.

ADOLFO DE CASTRO.

Cádiz, 1844.

Los celos indiscretos de la muger no producen por lo regular otro efecto que hacer al marido inconstante. Una señora discreta á quien dijeron que su marido cortejaba á muchas mujeres hermosas, respondió:

—Poco me importa que mi marido pasee su corazón todo el día, con tal que á la noche me lo traiga á casa.

Un hombre enfermo de amores guardaba cama. Un amigo suyo vino á verle y halló á su dama que salía del cuarto. Preguntó luego al enfermo cómo le iba de salud, y él le dijo:

—Se me acaba de quitar la calentura.

—Tienes razón, le dijo el otro, pues la he encontrado en la escalera.

El duque de Rispernom padecía muchas distracciones, de suerte que sus necesidades vinieron á quedar como un proverbio; una de ellas era preguntar si los perros del rey iban á caza á pié.

Un autor puso al frente de un libro de devoción que escribió la siguiente carta dedicatoria: «A la Santísima Trinidad. Señora: ofrezco á los piés de vuestra sacra persona con el mas profundo respeto este tributo de alabanzas que se os deben.»

Director y propietario D. Angel Fernandez delos Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.